

KNOX, RONALD

La Misa en cámara lenta

Ediciones Buen Combate, Buenos

Aires 2013, 155 pp.

Título original, *The Mass in slow motion*, publicado en New York en 1948.

Se trata de la exhibición de las anotaciones privadas de un sacerdote acerca de la Misa, sermones muy sencillos que Mons. Knox (1888-1957) predicara a las jóvenes de la escuela secundaria del Colegio de las Hermanas de la Asunción en *Aldenham*, Shropshire, sobre la costa occidental inglesa. Vale decir que dichos sermones fueron publicados en modo resumido en el periódico católico de Brooklyn *The Tablet*.

Se supone que una recensión es una crítica literaria que ahorre tiempo al lector sobre si vale la pena dedicarlo a la lectura de un determinado libro. El que no pueda o no quiera invertir siquiera este minuto para leer la presente, no pierda más tiempo, desde ya lo decimos, esta pequeña obra vale la pena. Ta vez prefiera tomarse al menos unos pocos segundos; entonces, omite todo lo que sigue, y vaya directamente al párrafo final.

En las páginas del libro se nota la preocupación pastoral del autor, sacerdote católico proveniente de familia anglicana; baste mencionar que sus abuelos fueron obispos de la Iglesia de Inglaterra, lo mismo que su padre, que lo excluiría del testamento cuando el hijo se convirtiera al catolicismo. Declarado indigno por su padre, Ronald heredaría un patrimonio sin comparación en el seno de la santa Madre Iglesia.

Prolífico escritor del género de la novela detectivesca, formó parte de la constelación de los grandes literatos ingleses de la primera mitad del s. XX, incluido su amigo, Chesterton, quien influyó con sus letras para que abrazara la fe católica, cuando el propio genio de Kensington aún no se había convertido. Al morir éste, en 1936, Knox fue el encargado de realizar la homilía de Réquiem en la catedral de Westminster: “El será ciertamente recordado como un profeta, en una época llena de falsos profetas”, expresó en aquella ocasión. En realidad, los grandes conversos provenientes del anglicanismo, son hijos espirituales del gran Cardenal John Henry Newman, que en el intento de volver a la verdadera piedad religiosa cristiana (en lo que se denominó el Movimiento de Ox-

RECENSIONES

ford), había desembocado también él en la *pietas* de Iglesia Católica.

El presente libro contiene, pues, las preciosas anotaciones de un sacerdote converso que valora la Misa como un tesoro que redescubre a la luz de la fe verdadera; entraña las glosas de un enamorado del Santo Sacrificio de la Misa, que vive de ella y para ella: "Tanto drama todos los días de nuestra vida; y nosotros ¡con tan poco entusiasmo!", exhorta con su corazón enardecido.

"Dejadme decir de entrada que no sé nada de liturgia, de modo que no se toparán con las luminosas explicaciones que hallamos en los libros más ortodoxos", se adelanta a aclarar Mons. Knox. Aunque el autor se confiese iletrado en la ciencia litúrgica, sin embargo su alma de pastor y su experiencia de la "propia" misa, le hace declarar intuiciones y sentidos, a veces más luminosos que los vertidos en muchos libros de competente erudición.

El Autor, como es obvio, describe las diferentes partes de la Misa celebrada según lo que hoy llamaríamos, la *Forma Extraordinaria del Rito Romano* (es decir, según el Misal anterior la Concilio Vaticano II), lo cual lo hace mu-

cho más interesante, pues nos hallamos en pleno proceso de una renovación litúrgica iniciada por San Pío X, y propulsada, sobre todo, por Pío XII, hasta su cristalización (al menos, a nivel de principios) en dicho Concilio. En este sentido, Ronald Knox presenta, tal vez sin saberlo, un abanico de, llamémosle así, "carencias" que se pueden encontrar en el rito (pese a la nostálgica nota de los editores), y que fueron, llamémosle también así, "subsannadas" en la última reforma, con mayor o menor suceso.

O bien, se vierten expresiones de deseo sobre mejoras que el Autor nunca llegaría a ver concretadas, aunque se deslizaban ya en el ambiente del Movimiento litúrgico preconiliar, como, por ejemplo, el aumento de prefacios en el Misal: "Es casi una lástima, me parece, que casi durante todo el año litúrgico hemos de contentarnos con dos Prefacios...".

Incluso, hay comentarios del Autor, que reflejan la idea de una separación entre la misa "del sacerdote" y la de los fieles "espectadores", que pueden dedicarse a sus devociones privadas, y eso que Knox predica justamente para que los fieles entiendan mejor el sentido de los ritos y puedan

participar de ellos con mayor fruto: “sencillamente, lo que estamos haciendo es tratar de encontrar un modo de seguir la misa con devoción”. “Desde luego, como siempre les estoy diciendo, si encuentran difícil o aburrido seguir la misa, emplearán mejor el tiempo sencillamente arrodillándose y diciendo vuestras oraciones, con o sin un libro, mientras la misa continúa. La Iglesia no las obliga a seguir la misa; sólo las obliga, de vez en cuando, a estar ahí”, es decir, la noción de “asistir” a misa, pero no de tomar parte “activa” en la misma, y con esto queremos decir ante todo, interior. S. Pío X, que procuraba la participación activa, dijo con mucha razón: “No se trata de recitar oraciones durante la Misa; se trata de rezar la Misa misma” (27/08/1903, a la *Rassegna Gregoriana*).

Por ejemplo, al finalizar el capítulo introductorio, que es un pantallazo en “cámara rápida” de lo que el libro desarrollará luego en cámara lenta, alcanzamos a leer: “En cuanto a la Comunión de los fieles -por lo menos si son muchos- ¡qué difícil resulta no sentirlo como una interrupción de ‘mi misa!’”. Aunque seguidamente, aclara el autor que, en realidad, no hay tal cosa como “mi misa”: “toda la misa les pertenece

a ustedes y ustedes a ella, si la han de seguir en serio”, solo que “la acción de la misa se polariza, se concentra en el sacerdote, eso es todo”. Es cierto que, la acción de la Misa se polariza en el sacerdote, tanto es así que, basta el sacerdote para la celebración de la Misa, pero la acción de los fieles no se reduce, en el mejor de los casos, a “seguir” la celebración, y esa era, en la época del autor, una concepción muy arraigada, lamentablemente. En esa época no se podía concebir una misa rezada con toda devoción por el sacerdote y los fieles al mismo tiempo, participando cada uno en lo que le toca, obviamente. Hoy en día, hay sacerdotes que no pueden celebrar con devoción (o, incluso no ven el sentido de celebrar) sin la participación de, por lo menos, algunos fieles. ¡Se cae en el extremo opuesto! Mons. Knox, confiesa también que le cuesta celebrar en las misas solemnes o cantadas, que encuentra mayor devoción en las rezadas, que son menos “ruidosas”: “el coro hace tanto ruido que no me escucho a mí mismo rezar”. Y eso que *Ronnie* no conoció los ho-diernos “servicios” musicales.

Entre las maneras de “seguir” la misa, que enseña Knox a las alumnas, está el que “empiecen la

RECENSIONES

misa junto con el celebrante; pónganse de pie y persígnense mientras se dicen *a sí mismas* “En el nombre del Padre...”, lo cual está indicado hoy en el nuevo Misal Romano. Otro tanto se diga del rezo conjunto del “Yo confieso”: “...si están intentando seguir la misa, no deben considerar el *Confiteor* como un asunto privado del sacerdote e imaginar que sería más diplomático si se hicieran las distraídas, como que no se han dado cuenta. (...) Pertenecemos todos a un grupo que deja bastante que desear, ése es el punto. Y cuando el sacerdote se golpea el pecho tres veces, o cuando lo hace el monaguillo, uno debiera estar haciendo otro tanto; todos necesitamos humillarnos”.

Al mismo tiempo, se evidencia la función de representación que cumplen esos “dos enanos vestidos con sotanitas coloradas, uno con hipo y el otro con los zapatos desatados” que llamamos monaguillos: “Y nosotros respondemos con el monaguillo, mentalmente, desde luego, *Et cum spiritu tuo*”. Y al finalizar el sacerdote las oraciones colectas, que son como “telegramas” dirigidos a Dios, pues dicen mucho en pocas líneas: “el monaguillo no debe olvidarse de decir, con voz clara y

audible, *Amen*. Los representa a ustedes, la congregación, que está como diciendo ‘*Así es, así es*’ al fin de mi oración; esas son ustedes poniéndole vuestra firma al telegrama...”. Todas indicaciones de representación que actualmente realizan en persona los mismos feligreses.

No faltan a estas “anotaciones” una dosis de humor, tal vez necesario para mantener la atención del singular auditorio, así como los ejemplos tomados de la vida cotidiana de las jóvenes pupilas, y que revelan al mismo tiempo como una necesidad de explicar “funcionalmente” algunos ritos que para los fieles -y esperemos que no para el sacerdote- han disminuido su original significación. Así, luego de las oraciones al pie del altar, el sacerdote se vuelve al pueblo, diciendo “*Dominus vobiscum*”, no a modo de salutación, sino admonitorio, “sólo para cerciorarse de que la congregación lo sigue”.

Asimismo, sobre el *Oremus* al comienzo del Ofertorio (en el cual no se dice inmediatamente ninguna oración), acota, Mons. Knox: “No se dejen engañar por eso; es una falsa alarma. El sacerdote dice *Oremus*, recemos, y luego no hace cosa ni parecida;

sólo empieza a trabajar con la patena y el cáliz. Pero a pesar de todo, tengo para mí que no resulta del todo mal que el sacerdote les tome el pelo así; porque como estaba diciendo antes, la palabra *Oremus* es una especie de despertador muy útil (si así lo tomamos) para que prestemos atención a las distintas partes de la Misa, justo cuando uno corría peligro de dormirse”.

Yendo más a la sustancia, destacamos, entre otros enjundiosos, dos puntos, el primero, una visión de conjunto de toda la misa, en su “dinámica”, como un movimiento, una “danza religiosa” (idea que el autor toma del contemporáneo escritor de “El Señor del mundo”, Mons. Benson), una danza simbólica, no figurada, que alterna la confianza y la parresía ante el Padre Celestial y su glorificación, con la humillación y el reconocimiento de la propia indignidad para acercarnos al altar, que se mueve entre el atrevimiento y la apología en defensa del pecador: “La misa es así, ¿saben?, de cabo a rabo; continuamente alternamos entre ir corriendo hacia Dios con subida conciencia de nuestras necesidades para luego retroceder confundidos y humillados al recordar la majestad de este Rey y nuestro completa in-

significancia. Aquellos son los dos motivos que cruzan y vuelven a cruzarse, constituyen la base de la coreografía de esta danza”.

Lo segundo que señalamos es quizá la explicación mejor lograda, la del Ofertorio, concebido como un primer movimiento de la misma Consagración (la misa es una “acción continua”). Por lo mismo, los dones del pan y del vino, ofrecidos por los fieles con el mismo candor e inocencia con que el niño de la multiplicación de los panes ofreció sus mendrugos, son tratados, no por lo que ahora son, sino “por lo que van a ser”, dones que “de momento no tienen importancia, pero van a ser terriblemente importantes”. “Este es el punto principal del Ofertorio, recordarnos cuán poco tenemos para ofrecer, de modo que cuando lleguemos a la Consagración estemos completamente aturdidos, más que nunca, con la idea de lo que Él hace con eso”. Nos ofrecemos “imaginándonos” en la patena del sacerdote, y aceptamos “el destino que nos aguarda” (Su Voluntad) en el Cáliz del sacerdote. Y aquí viene, a mi modo de ver, el punto sobresaliente de todo el libro, que es la concepción de que lo que se ofrece, no es necesariamente algo doloroso, desagradable y difícil, en

RECENSIONES

una palabra, no solamente debemos ofrecer nuestros “sacrificios” (los cuales implican una destrucción, una mortificación, aunque sea del propio espíritu), sino todo lo que vivimos cada día: “Uno ofrece el resfrío que tiene, y el postre que no nos gusta, y la enorme cantidad de deberes que nos dieron para hacer, y las medias corridas, y la lapicera que se resiste a funcionar, y la tijera de uñas que encontramos en la bañadera, y los chifletes de las ventanas de vuestro dormitorio, y la compañera que entra al baño primero, y el sustantivo en latín que resultó ser masculino nomás: ofrecer, ofrecer todo (...); incluso pensamos en eso como un último recurso; si tenemos un dolor de muelas, primero prueban poniéndose aceite de ajo, y si eso no funciona, se toman un par de aspirinas, y si eso no funciona, lo ofrecen. Es manera rara de tratar a Dios Todopoderoso, ¿no les parece? Nunca pensar en su voluntad, excepto cuando estamos enteramente arrinconados” (...) pero “estamos obligados a ofrecerle a Dios el cáliz de nuestra vida en su totalidad, tanto las cosas buenas como las malas... (...), la mezcla (como la receta del médico) ha sido especialmente preparada para nosotros, una mezcla de cosas

agradables y cosas desagradables...” y ese es el cáliz que debemos ofrecer junto con el de Jesucristo. Después de todo, al Niño en el pesebre le fueron obsequiados oro e incienso, junto con la mirra.

En suma, Ediciones Buen Combate reedita un opúsculo que merece nuestra atención: por quien lo escribe, un sacerdote católico proveniente del anglicanismo; por la época en que lo escribe, la de una situación litúrgica que postulaba la sana revisión; y por el modo sencillo y coloquial con que lo escribe, acercando a las almas devotas el “lenguaje cifrado” de las rúbricas, las “raras asociaciones” y las “curiosas perspectivas” de sentido que se le abren al Autor al rezar la Misa, “con la esperanza de que puedan tener algún valor para otros”.

P. Lic. Jon Mikel de Arza Blanco

FULTON J. SHEEN

Vivere la Messa

Edizioni San Paolo, Cinisello
Balsamo (Milano) 2012, 80 pp.

El Autor, el Siervo de Dios Mons. Fulton J. Sheen, nació en 1885 en El Paso, Illinois (EE.UU). Se ordenó sacerdote en 1919 y fue

consagrado obispo en 1951. En 1930 inició su programa de radio "The Catholic Hour" (La hora católica), que continuó por 22 años. Pionero en el uso de la T.V. inició la serie de televisión "Life is Worth Living" (La vida merece ser vivida), que llegó a una audiencia semanal de 30 millones de personas. Como Obispo participó en todas las sesiones del Concilio Vaticano II. Falleció en 1979. El 14 de septiembre de 2002 la Congregación para causa de los Santos lo reconoció como Siervo de Dios y el 28 de junio de 2012 fue reconocida la heroicidad de sus virtudes.

El libro en cuestión es la traducción italiana del original inglés "*Calvary and the Mass*" publicado en 1936 y reeditado en 2010 por "Alba House". En español, además de las clásicas ediciones de "Sal Terrae", hay una reciente de 2011 por la editorial Arca de la Alianza.

La idea central del libro es la íntima relación existente entre el Calvario, la Última Cena, y la Misa. Es el mismo y único sacrificio de Cristo, en uno de modo cruento, en los otros de modo incruento.

En el Cenáculo Jesucristo pronunció las palabras: "Esto es mi

cuerpo que será entregado por vosotros". Después dijo sobre el cáliz: "Ésta es mi sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por muchos para la remisión de los pecados". Lo que Nuestro Señor había prefigurado y anunciado en la Última Cena, ofreciéndose a sí mismo como Víctima para ser inmolada; y, para que los hombres no pudiesen olvidar jamás que "nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos", es lo que Él realizó con toda su perfección cuando fue crucificado entre dos ladrones y su Sangre se separó toda de su Cuerpo para la redención del mundo.

La Iglesia que Cristo fundó no sólo conservó la Palabra que Él pronunció y las maravillas que Él obró, sino que ha obedecido cuidadosamente lo que el mismo Jesucristo ha mandado: "Haced esto en memoria mía". Fulton Sheen lo expresa así: "Esta acción, por la cual nosotros volvemos a actuar su Muerte en la Cruz, es el Sacrificio de la Misa, en la que nosotros hacemos, como en recuerdo, lo que Él hizo en la Última Cena como en figura de su Pasión [...] El Calvario es uno con la Misa, y la Misa es una con el Calvario, porque en ambos es el mismo el Sacerdote y la Víctima" (pp. 11-12).

RECENSIONES

El A. profundiza en el sentido de la Misa entablando una relación entre las partes de la Misa y las siete últimas palabras que Cristo pronunció desde la Cruz: “Pero, ¿cómo se hace eso visible? ¿Cómo encontraremos el Calvario perpetuado? Encontraremos el Calvario revalidado, renovado, representado, como lo hemos dicho, en la Santa Misa. Las siete últimas palabras son como las siete partes de la Misa. Y justamente como en música hay siete notas que admiten una infinita variedad de armonías y combinaciones, así también en la Cruz hay siete divinas notas que Cristo muriendo hizo sonar para los siglos, y todas ellas se combinan para formar la bella armonía de la Redención del mundo. Cada palabra es una parte de la Misa. La Primera Palabra, ‘Perdónales’, es el *Confiteor*. La Segunda Palabra, ‘Hoy estarás en el Paraíso’, es el *Ofertorio*. La Tercera Palabra, ‘He ahí a tu Madre’ es el *Sanctus*. La Cuarta Palabra, ‘¿Por qué me has abandonado?’ es la *Consagración*. La Quinta Palabra, ‘Tengo sed’ es la *Comunión*. La Sexta Palabra, ‘Todo se ha acabado’ es el *Ite, Missa est*. La Séptima Palabra, ‘Padre, en tus manos’ es *el último Evangelio*” (p. 16).

A pesar del paso de los años e incluso de que la obra fue escrita antes de la reforma litúrgica impulsada por El Concilio Vaticano II, las reflexiones místico-teológicas y espirituales de Fulton Sheen no han perdido vigencia.

P. Lic. Higinio Rosolen

NIKIFOROS VIDALIS
(Νικήφορος Βιδάλης)
**“Κύριε, μάθε μας να
προσευχόμαστε” Η σημασία της
προσευχής στη χριστιανική
ζωή (Με οδηγό την Κατήχηση
της Εκκλησίας)**
**(“Señor, enséñanos a rezar”. La
importancia de la oración en la
vida cristiana - Siguiendo el
Catecismo de la Iglesia)**
Ediciones Epiméleia, Atenas 2012,
100 pp.

El Autor es actualmente el vicario Episcopal de la Arquidiócesis de Atenas (Grecia). Luego de sus estudios en Roma, junto a otras actividades pastorales, también se ha dedicado a la docencia. Es autor de numerosos artículos y publicaciones. Entre sus obras podemos enumerar: “Τ’Αδέλφια μας οι Άγιοι” (Los santos, nuestros hermanos) y “Οι Ρωμαίοι

DIALOGO 64

Ποντίφικες και το έργο τους” (Los Romanos Pontífices y su obra).

La presente obra fue escrita con ocasión del Año de la Fe, deseando que sea una “ayuda útil en manos de los fieles de buena voluntad para la renovación de la fe” (p. 8).

El Arzobispo de los Católicos en Atenas, Mons. Nikólaos Fóskolos, es el autor del prólogo, y en él expresa su deseo de que esta publicación ayude a los cristianos a una mayor relación con Dios Padre por medio de la oración y que ésta se transmita en las obras y vida cotidianas en medio de las dificultades del mundo actual (p. 5).

El libro consta de 16 capítulos. En ellos el A. brevemente trata los siguientes temas:

1º. El significado de la oración, que como enseña San Juan Damasceno, “es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes”.

2º. La revelación de Dios Todopoderoso al hombre y la respuesta de éste a Dios, especialmente en el Antiguo Testamento: la oración de Abraham, de Jacob, de Moisés, de David, del pueblo con los salmos.

3º. La oración de Jesús: los momentos, modo y oraciones con las que reza, como “Padre, si quieres, pasa de mí esta cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22,42).

4º. Jesús enseña a rezar. Cuando Jesús ora, ya nos enseña a orar. Y también lo hace mediante sus parábolas y enseñanzas: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque quien pide recibe, y quien busca halla, y al que llama se le abre” (Lc 11,9-10).

5º. Jesús escucha nuestras oraciones. En palabras de San Agustín, Jesús ora por nosotros y acepta nuestra oración como Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y su voz en nosotros. Complementa con un apartado sobre la mediación de María.

6º. La oración en la vida de la iglesia. Como leemos en el libro de los hechos: “Perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles, y en la unión, en la fracción del pan y en la oración” (2,32).

7º. La oración de petición, de intercesión, de acción de gracias y de alabanza.

8º. La tradición de la oración y sus fuentes: el Espíritu Santo, la

RECENSIONES

Palabra de Dios, la liturgia de la Iglesia, las virtudes teológicas.

9º. El camino de oración: en la tradición viva de la oración, cada Iglesia propone a sus fieles, según el contexto histórico, social y cultural, el lenguaje de su oración: palabras, melodías, gestos, iconografía.

10º. La oración de la Virgen María.

11º. Nuestros guías y modelos en la oración: los santos, los mártires, las familias cristianas, etc.

12º. Los lugares más favorables para la oración.

13º. La oración en la vida cristiana: la oración vocal, la meditación, la contemplación.

14º. El combate de la oración: dificultades y necesidad, especialmente frente a las tentaciones.

15º. La confianza filial en la oración. La confianza filial se pone a prueba cuando tenemos el sentimiento de no ser siempre escuchados. El Evangelio nos invita a conformar nuestra oración al deseo del Espíritu.

16º. La oración del Señor: el Padre Nuestro.

Generalmente todos los capítulos son breves, salvo el último, al que le dedica más de 25 páginas.

El libro está escrito en un lenguaje sencillo, destinado a los feligreses los fieles puedan revalorar la oración y hacerla parte de su vida cotidiana, como decía Santa Teresa del Niño Jesús: "Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría".

P. Lic. Higinio Rosolen

HERNÁN M. CAPIZZANO

Alianza Libertadora Nacionalista. Historia y Crónica (1935 – 1953)

Memoria y Archivo, Buenos Aires
2013, 344 pp.

Damos la bienvenida a esta nueva obra del historiador y patriota, Prof. Hernán M. Capizzano. Su labor investigativa e intelectual, al servicio de Dios y de la Patria, no necesita presentación alguna ya que sus trabajos anteriores hablan por sí solos: *Jacinto Lacebrón Guzmán, Primer caído del Nacionalismo Argentino* (2002), *Legión Cívica Argentina* (2007), *Vive Pe-*

ligrosamente (2009) y *Presencia Fascista en la Argentina* (2013).

En esta oportunidad nos presenta una historia y crónica de la *Alianza Libertadora Nacionalista*; es decir, de aquella agrupación del nacionalismo argentino, “la más importante... y que supo dar a su acción un aire combativo y ágil”, al decir de Don Aníbal D’Angelo Rodríguez. Nos la presenta en un estudio serio y profusamente documentado. Para lo cual recurrió no sólo a repositorios documentales sino también a testimonios presenciales. Capizzano sabe del valor de estos y así nos lo enseña: *“Con respecto a estos últimos no nos cabe la menor duda que representan una tradición oral que de no perpetuarla en el papel quedaría definitivamente sepultada en la conspiración del silencio o la indiferencia. Los variados estudios sobre la historia del nacionalismo por lo general han ignorado el aporte testimonial y la tradición oral. Estos testigos han aportado datos muy útiles para esclarecer dudas o vacíos que los documentos escritos quizás no podían brindar”* (p. 5).

El autor divide su enjundioso estudio en tres partes: 1°- El Nacionalismo frente al Régimen, 2°- La Revolución truncada (1943 - 1945)

y 3°- La lucha por la Alianza (1946 - 1953), más un Apéndice Documental muy interesante por los temas incluidos: Un discurso de Juan Queraltó, el Programa presentado por Alianza como plan de gobierno para la campaña de 1946, el Decálogo del Aliancista y la bellísima y entrañable Canción del Aliancista.

En síntesis, un libro digno de ser leído y estudiado por todo argentino bien nacido.

El nacionalismo argentino siempre ha sido objeto de críticas, calumnias y difamaciones. La historiografía oficial, tanto liberal como roja, siempre se ha encargado de ello con saña sin igual. Pero contra estos detractores existe una reacción en pro de la Verdad histórica. El Profesor Capizzano, junto a otros grandes maestros, está alistado en tamaña empresa.

No nos queda más que felicitar a su autor e instarlo a que continúe trabajando como hasta ahora; con rigor intelectual, pasión argentina y cristiana y ese noble empeño contra los detractores del *Nacionalismo*; de ese *Nacionalismo*, que supo definirlo el maestro Genta, *“constructivo y restaurador, jerárquico e integrador, cris-*

RECENSIONES

tiano y argentino en su contenido y en su estilo”.

Nos comprometemos a ayudarlo, al menos, con nuestras oraciones.

Prof. Daniel O. González Céspedes

JAVIER OLIVERA RAVASI

Que no te la cuenten I – La falsificación de la Historia

Ediciones Buen Combate, Buenos Aires 2013, 253 pp.

En tiempos de ideologización de la historia, es decir, de mentiras y calumnias de todo tipo y tenor contra la Fe, la aparición de este libro debe ser celebrada.

Celebramos porque con este, el P. Javier Olivera Ravasi, IVE, se ha pronunciado con el “sí, sí; no, no” en las cosas que atañen al pasado. Ha seguido al pie de la letra la sabia lección del Gran Pontífice León XIII: “La primera ley de la historia es no atreverse a mentir, la segunda es no temer decir la verdad”.

Nos alegramos, asimismo, porque el autor, poniendo sus conocimientos al servicio de la Verdad, ha logrado refutar aquellas falacias contra la Fe. Él mismo

nos lo enseña en la introducción al libro: “¿qué tiene que ver la Fe con la Historia? Mucho, muchísimo; es que no hace falta atacar la Santísima Trinidad para perder la Fe: basta con atacar verdades históricas que se relacionan con lo trascendente para que uno comience a dudar de Cristo y de su Iglesia” (p. 8). ¡Ojo! Tengamos muy en cuenta esto. Es un problema que no se lo tiene en cuenta y creemos que por acá es donde debemos ponernos en guardia y presentar combate. San Pío X, en su Encíclica Pascendi dominici gregis, alertaba sobre las posturas que silencian la presencia de Dios: “la ciencia debe ser atea y lo mismo la historia, en cuyos dominios no puede haber lugar más que para los fenómenos, desterrando totalmente a Dios y todo lo divino”. Por eso es que en la obra encontramos, de entrada nomás, temas como el dogma evolucionista del origen del hombre, previniéndonos, el autor, al final del capítulo, de aquellos que “nos quieren hacer venir del mono. Al parecer, lo que buscan es tratarnos como tales... A estar atentos” (p. 43).

El mito pergeñado acerca de la oscuridad vivida en la Edad Media no podía faltar. En las veintitrés páginas del capítulo dedicado

a tal, el P. Olivera, se encarga de hacer añicos las mentiras sobre aquel período de la Cristiandad: *“La Edad Media se ataca desde el punto de vista histórico, no por sus muros o pinturas, ni por sus canciones o vestimentas, sino por lo que inspiraban todas esas cosas ... se quiere olvidar y sepultar para siempre en los arcones de la historia, no sea que -como decía Cicerón- la historia sea una vez más ‘maestra de la vida’ y lo que inspiró ese período de gloria vuelva a resurgir”* (p. 69).

A lo largo de las 253 páginas, va derribando, uno a uno los mitos tejidos sobre las Cruzadas, el Tribunal de la Inquisición, el caso Galileo y la más grande epopeya misionera que llevó adelante España, “la siempre gloriosa Madre Patria”, al buen decir del Siervo de Dios Pío XII: la Conquista y Evangelización de América. España trajo lo mejor de sí: la sangre, la cultura y la fe; en su sangre llevó la cultura, y en su cultura la fe.

Pero creo que cobran especial atención, a mi humilde entender, dos temas: 1º- la barbarie de la Revolución Francesa (Capítulo X). Es muy claro al respecto el autor: *“Ensalzar a la Revolución Francesa era (y es, en realidad) ir*

contra los pilares de lo que fue la Cristiandad: ese tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los estados... Se trata de dos cosmovisiones en pugna; dos luchas por dos ciudades diversas -al decir de San Agustín. Es aquel grito que aun resuena en los oídos de Palestina: “¡no queremos que este reine sobre nosotros!” (p. 246). 2º- El famoso “perdón de la Iglesia”, de marzo de 2000, con ocasión del Jubileo. (Anexo). Nos alegramos enormemente de la inclusión de este tema que dio -y da- tanto que hablar a trece años del mismo. Caballito de batallas, si los hay, de los enemigos de la Iglesia; y sigue, como no podía ser de otra manera, la excelente línea del Dr. Antonio Caponnetto, en la desmitificación de que la Iglesia haya pedido perdón al mundo por las glorias y triunfos de la Fe.

Señalemos por último, algunos méritos: podrá el lector contemplar, a lo largo de la lectura, la exaltación testimonial de la centralidad de Nuestro Señor Jesucristo; el P. Olivera ha tenido -no hay otra posible- una mirada sub specie æternitatis. Y ha sabido responder, como reclamaba Hilaire Belloc, desde el pasado; todo esto con una intachable solidez intelectual, gran sentido del humor y una exquisita y fina ironía.

RECENSIONES

Tenemos en nuestras manos un libro “históricamente incorrecto”, ya que sigue a Don Quijote cuando nos enseña que “la historia es como cosa sagrada porque ha de ser verdadera, y donde está la Verdad, está el Señor, en tanto Verdad”.

Concluamos. Este libro -y los que esperamos que vengan- debería ser de “lectura obligatoria”, especialmente para la juventud y -por qué no- también para los que ya hemos empezado a peinar algunas canas, ya que nos despierta “del sopor en el cual estamos sumergidos por el veneno de la propaganda”.

Felicitemos al P. Javier por el presente trabajo. Como ama la Verdad, aborrece el error, parafraseando a Ernest Hello. Y, en definitiva, es muy cierto que: “*Al final de cuentas, solo la Verdad nos hace libres*”.

Prof. Daniel O. González Céspedes

ALBERTO IGNACIO EZCURRA

Recensiones Bibliográficas

Centro de Estudios P. Alberto Ignacio Ezcurra, San Rafael 2013, 311

pp.

El 20 de Noviembre de 1992 el Padre Alberto Ignacio Ezcurra hablaba por última vez en público, en el salón de la Asociación Patriótica Española, en Buenos Aires. Presentaba, junto al Cnl. Juan Francisco Guevara, el libro del Profesor Antonio Caponnetto “El Deber Cristiano de la Lucha”; y en un momento de la misma dijo: “*Ya no soy joven y estoy enfermo, pero si hay algún motivo por el cual pedirle a Dios que me prolongue la vida sería solamente por esto: para seguir luchando. Porque vale la pena luchar y tenemos esa obligación*”.

Los que tuvimos la gracia de estar presentes en aquel acto, esa tarde, entendimos que el Padre se despedía, pero nos dejaba su legado. Legado que debe ser mandato.

Somos católicos y argentinos. Queremos vivir como tales. Vemos que existe un vacío doctrinal y que éste debe ser llenado. Y estamos convencidos que volviendo a las enseñanzas de este gran cura gaucho podremos vivir como Dios manda; porque dicho magisterio no es otro que el de un profundo amor a aquellas Verdades eternas e inmutables.

A veinte años de su partida, se presentan al público lector las

Recensiones bibliográficas escritas por el Padre Alberto en aquella joya de la cultura católica argentina que fuera la inolvidable Revista Mikael, durante el período 1973-83 y en la prestigiosísima Revista Gladius, dirigida por el Dr. Rafael Luis Breide Obeid (Revistas N° 6 y 23).

Es cierto que al P. Ezcurra no le gustaba mucho escribir. La prédica fue su fuerte. Pero no menos cierto es también que el género escrito que cultivó -y con gran maestría- fue el de comentar libros.

¿Qué valor tienen, entonces, estas recensiones bibliográficas? Sale al ruedo por una necesidad pastoral y para esclarecer con la recta doctrina temas variadísimos; muchos de éstos de una tremenda vigencia. Estas recensiones nos muestran a un P. Alberto volcando su sabiduría y su amor a la Verdad. El P. Ezcurra era propiamente lo que la tradición aristotélico-tomista llamaba *sabio*. Ello significa primeramente que todos sus conocimientos, sean geográficos, históricos, culturales, humanos, sociales, psicológicos, filosóficos o los que fueren, están trabados en una perfecta armonía, un orden arquitectónico que sólo puede darle la

metafísica y, más aún, la fe, el saber teológico. Y lo da por encima de todo sólo la fe porque ella es, como enseña Santo Tomás de Aquino *"un trasunto, una participación, de la ciencia Divina"*.

Y lo hace con un lenguaje claro y sencillo; pero llamando a las cosas por su nombre. Permanentemente encontramos el *"sí, sí; no, no"*. Su palabra fue siempre fiel a la Palabra; y no podemos dejar de recordar, al releerlas, el agustiniano *combatir el error amando al que yerra*. El P. Alberto, digámoslo con todas las letras, no hizo jamás el papel de perro mudo. Con mucha gracia contaba que había sido aprobado, en el examen de ortodoxia, por el viejo Don Vega.

Pero la mejor recensión bibliográfica, es al decir de Antonio Caponnetto, en el prólogo, *"la de su vida hecha dechado, alegoría y símbolo. La de su ministerio suscitando vocaciones con la sola evocación de su figura. La de su recuerdo engendrador de misioneros"* (p. 24).

Existe un gran peligro entre nosotros y consiste en repetir de manera mecánica lo que el maestro enseña. Quiera Nuestro Señor librarnos de este riesgo y que las sabias enseñanzas que nos dejara

RECENSIONES

el P. Alberto Ezcurra, tanto escritas como orales, se nos encarnen para poder librar así, el combate externo e interno por *los valores permanentes de la Cristiandad y de la Patria*.

Prof. Daniel O. González Céspedes

DARÍO JOSÉ DE FINA
Aprendiendo a meditar. Los métodos de la oración mental cristiana

Editorial Didajé, Buenos Aires
2012, 160 pp.

Quisiera en esta ocasión presentarles el libro que el año pasado sacara al público el presbítero Darío José De Fina. Me mueve a ello la interesante aplicación pastoral que creo que podrá tener en manos de aquellos sacerdotes que dirigen espiritualmente las almas de los fieles. A la vez, en manos de estas almas podría significar el inicio de una vida de oración intensa.

El autor es sacerdote desde el 17 de octubre de 1997; pertenece a la diócesis de Gregorio Laferrere, donde se desempeña como cura párroco y docente. Lo avala también su título como licenciado en Teología con especialización en

Sagradas Escrituras por la Universidad Católica Argentina (2010).

El escrito comienza con un texto de San Buenaventura, invitando a ser una “persona de oración” (p.5). Está organizado en capítulos, por medio de los cuales el autor pretende conformar un compendio de los elementos tradicionales de la meditación cristiana, según los autores clásicos de la Iglesia. No es, pues, un libro original en cuanto al contenido; su importancia radica más bien en que, en medio de la confusión reinante (sobre todo en temas espirituales), este pequeño libro de 160 páginas nos vuelve a recordar el camino auténtico que ha de recorrer todo el que quiera llegar a la intimidad con Cristo en la oración mental.

Y siendo, como dijimos, que en estos temas reina la confusión, el padre Darío quiso comenzar estableciendo conceptos mediante los cuales se pueda hablar un mismo lenguaje con el lector, sobre todo la diferencia entre la oración vocal y la mental. A partir de esos elementos comunes, procede centrándose en la meditación mental discursiva, de la cual da a conocer: noción, necesidad, elementos preliminares (tiempo, lugar, postura, duración, te-

mas...), partes, propósitos y examen de la misma. Dos capítulos más adelante trata sobre las dificultades de la oración mental, brindando los remedios adecuados para cada caso. El quinto capítulo explica otros métodos de oración, basándose en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola (¡una joya!), a la vez que da a entender algunas notas esenciales del Padre Nuestro (o sea la oración de Jesús) y cómo se ha de hacer la *lectio divina* y el Santo Rosario. El sexto capítulo busca integrar la oración dentro de todo el camino espiritual del cristiano, resumiendo sus etapas según las han concebido los autores clásicos (se basa en la doctrina de las *moradas* de Santa Teresa de Jesús, además de tomar algunos elementos de San Juan de la Cruz, entre otros).

En el capítulo siete comienza a tratar sobre aquello a lo que debe apuntar el cristiano: la oración afectiva con Nuestro Señor, mostrando las limitaciones que para este fin tienen los métodos que uno podía aplicar con seguridad en las primeras etapas de la oración discursiva. A más de un lector le causará asombro descubrir en estas líneas que en la simplicidad y en los afectos se halla el punto más elevado de la intimi-

dad con Cristo. De hecho, las palabras de los autores espirituales para explicar estas “moradas” (en el lenguaje teresiano) son cada vez más escasas a medida que se pretende describir los puntos más altos de esta oración afectiva.

Finaliza poniendo en evidencia, en el último capítulo, las falencias que hay en otros métodos de oración (si es que se los puede llamar así) muy comunes hoy, pero nunca propuestos por la Iglesia, como ser: Yoga, Reiky y Zen.

Por último, a modo de valoración personal, quisiera destacar dos cosas positivas entre todo lo bueno que he hallado. Lo más meritorio es la vuelta a los clásicos. Justamente lo valioso de esta obra es que en nada pretende ser original; por el contrario, pone en evidencia la necesidad de volver a las fuentes de la auténtica espiritualidad cristiana, y por eso es muy segura la compilación bibliográfica que trae al final del libro (en el caso de que alguien quiera seguir profundizando). Además es muy interesante el apartado dedicado a la oración de los niños, de gran aplicación pastoral.

Roque A. Buezas